

lacio de sus padres, estaban esperando al Pretor. Luego, pasó un largo silencio lleno de ansiedad. Después, dos lictores avanzaron: tras ellos, caminando á pasos largos, con la amplia toga recogida sobre el pecho, apareció Pilatos.

Todos los turbantes se inclinaron, saludando al Procurador de Judea. Pilatos habíase detenido al pie de la estatua de Augusto; y como repitiendo el gesto noble de la figura de mármol, extendió la mano:

—Que la paz sea con vosotros y con vuestras palabras... Hablad.

Sareas adelantóse y declaró que sus corazones venían en verdad llenos de paz... Pero habiendo el Pretor dejado el Pretorio sin confirmar ni anular la sentencia del Sanhedrín, ellos se hallaban como el hombre que ve la uva en la viña suspendida sin secar ni madurar.

Poncio pareció penetrado de equidad y de clemencia.

—Interrogué á vuestro preso y no hallé en él culpa que deba castigar el Procurador de Judea... Antipas Herodes, que es prudente y fuerte y practica vuestra Ley y ora en vuestro Templo, también le interrogó y ninguna culpa halló en él... Ese hombre sólo dice cosas incoherentes como los que hablan en sueños.

Entonces, con un sombrío murmullo, todos retrocedieron dejando al Rabí Robam solo en el umbral de la sala romana. Lentamente, sereno, como si explicase la ley, el Rabí alzó la mano y dijo:

—¡Delegado del César, Poncio, muy justo y muy sabio! El hombre que tú llamas visionario, hace años que ofende nuestras Leyes y blasfema de nuestro Dios. Pero ¿cuándo le hemos prendido nosotros, cuándo le hemos traído ante ti? Solamente cuando le hemos visto entrar en triunfo por la Puerta de Oro aclamado como Rey de Judea. Porque Judea no tiene otro rey sino Tiberio. Apenas un sedicioso se proclama contra el César, le apresamos y le castigamos. Eso hacemos nosotros que

no gobernamos por el César, ni cobramos de su erario.

La faz de Pilatos se obscureció con una nube de cólera. Aquella tortuosidad de los judíos que, excreando á Roma, pregonaban ahora un celo ruidoso por el César para poder, en nombre de su autoridad, saciar un odio sacerdotal, sublevó la recititud del romano.

—Callad. Los procuradores de César no vienen á aprender, en una colonia bárbara del Asia, sus deberes para con César.

Manasés, que estaba á mi lado, y se tiraba impaciente de la barba, alejóse con indignación. Pero el Rabí prosiguió tan indiferente á la ira de Poncio como á los balidos de un cordero que condujese á las aras.

—Tu amo te da á guardar una viña y tu dejas que entren en ella y que la vendimien. ¿Para qué estás en Judea? ¿Para qué está la sexta legión en la torre Antonia?

Poncio, ten presente que nuestra voz es lo bastante clara y lo bastante alta para que el César la oiga.

Poncio dió un paso lento hacia la puerta; y dijo con los ojos clavados en aquellos judíos que lentamente le iban enlazando en la trampa sutil de sus rencores religiosos:

—No temo vuestras intrigas. Elio Lamma es mi amigo... ¡Y César me conoce bien!

El Rabí Robám repuso, sereno y apacible como si conversase á la sombra de un verjel.

—Tú ves lo que no está en nuestros corazones, Poncio; pero nosotros vemos lo que está en el tuyo. Tú quieres la destrucción de Judá.

Un estremecimiento de cólera devota pasó entre los fariseos. El Rabí Robám continuaba denunciando al Pretor con serenidad y lentitud.

—Tú quieres dejar impune al hombre que pregonó la insurrección declarándose rey en una provincia de César, para tentar, con tal impunidad, otras ambiciones más fuertes y hacer que un nuevo Judas de Gamala ataque las guarniciones de Sama-